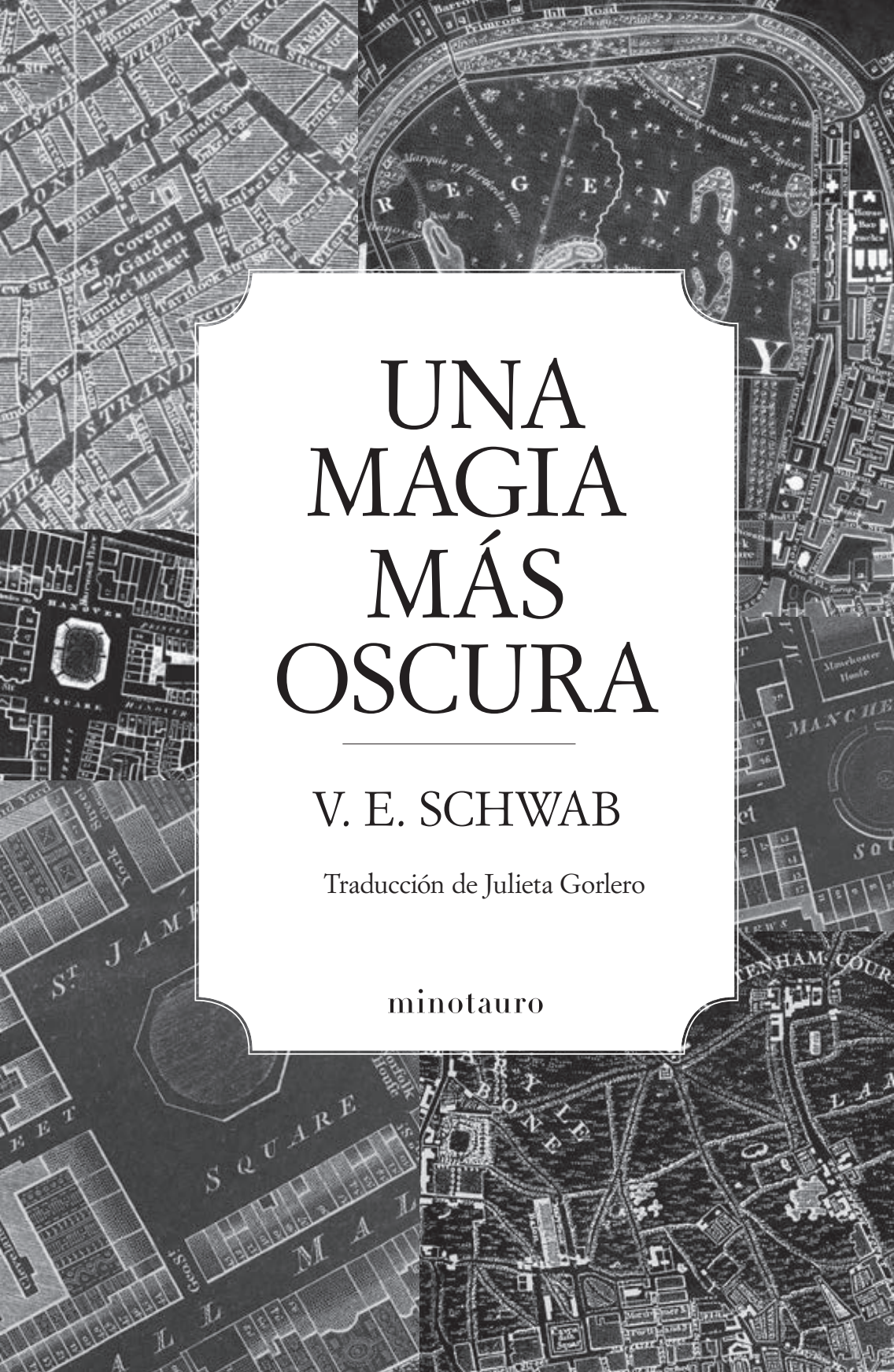


V.E. SCHWAB



UNA MAGIA MÁS OSCURA

minotauro



UNA MAGIA MÁS OSCURA

V. E. SCHWAB

Traducción de Julieta Gorlero

minotauro

Título original: *A Darker Shade of Magic*

© 2015 Victoria Schwab

Publicado en EE.UU. por Tor Books, de Tom Doherty Associates, LLC

© Traducción de Julieta Gorlero

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0601-6

Depósito legal: B. 8.847-2019

Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Capítulo uno. El viajero.....	11
Capítulo dos. La realeza roja	37
Capítulo tres. El ladrón gris.....	61
Capítulo cuatro. El trono blanco	77
Capítulo cinco. La piedra negra	111
Capítulo seis. Los ladrones se encuentran	133
Capítulo siete. El rastreador	157
Capítulo ocho. Un trato.....	183
Capítulo nueve. Festival y fuego.....	211
Capítulo diez. Una torre blanca	241
Capítulo once. Baile de máscaras.....	279
Capítulo doce. Santuario y sacrificio	311
Capítulo trece. El rey que espera	345
Capítulo catorce. La última puerta	379
Agradecimientos	397



UNO

EL VIAJERO

I



Kell vestía un abrigo muy peculiar.

No tenía un lado, que sería lo convencional, ni dos, lo que sería inesperado, sino varios; lo que era, por supuesto, imposible.

Lo primero que hacía cuando pasaba de un Londres a otro era quitarse el abrigo y doblarlo de fuera hacia dentro una o dos (o incluso tres) veces, hasta encontrar el lado que necesitaba. No todos ellos estaban a la moda, pero cada uno servía a un propósito. Había algunos que pasaban desapercibidos, otros que destacaban, y uno que no tenía finalidad alguna, pero que a él le gustaba particularmente.

Así que cuando Kell atravesó la pared de palacio y entró en la antesala, se tomó un momento para recomponerse —viajar entre mundos le pasaba factura—, y luego con una sacudida de hombros se quitó el abrigo rojo de cuello alto y lo dobló de dentro hacia fuera y de izquierda a derecha para que se transformase en una simple chaqueta negra. Bueno, una simple chaqueta negra elegantemente ribeteada con hilo plateado y adornada con dos columnas de relucientes botones plateados. El hecho de que adoptase una paleta de colores más modesta cuando estaba fuera (con el deseo de no ofender a la realeza local ni llamar la atención) no significaba que también tuviese que sacrificar la elegancia.

«Oh, reyes», pensó Kell mientras se abotonaba el abrigo. Empezaba a pensar como Rhy.

En la pared detrás de él, apenas se podía distinguir el borroso símbolo que su traslado había dejado. Era como una huella en la arena que comienza a disiparse.

Nunca se molestó en marcar la puerta desde este lado, porque lo cierto es que nunca regresaba por aquí. La distancia entre Windsor y Londres era tremendamente inconveniente si se tenía en cuenta que cuando viajaba entre mundos, Kell solo podía desplazarse desde un lugar en un mundo hasta el mismo lugar exacto en el otro. Lo que era un problema, ya que no había un Castillo de Windsor situado a un día de viaje desde el Londres Rojo. De hecho, Kell acababa de salir de la pared de piedra de un patio que pertenecía a un caballero adinerado en un pueblo llamado Disan. Disan era, en términos generales, un lugar muy agradable.

Windsor no lo era.

Impresionante, seguro. Pero no agradable.

Había una repisa de mármol apoyada contra la pared y encima de ella lo esperaba una vasija con agua, como siempre. Se enjuagó la mano ensangrentada y también la moneda de plata que había usado para el traslado, luego deslizó la cadena de la que esta colgaba sobre su cabeza y metió la moneda nuevamente debajo del cuello de su vestimenta. En el pasillo contiguo, se oían los pasos arrastrados y el murmullo débil de sirvientes y guardias. Había elegido la antesala a propósito para eludirlos. Sabía muy bien lo poco que le gustaba al príncipe regente que él estuviera aquí, y lo último que Kell quería era toparse con público, un grupo de oídos, ojos y bocas que le contara al heredero cada detalle de su visita.

Encima de la repisa y la vasija colgaba un espejo con marco bañado en oro, y Kell revisó su reflejo con rapidez —el pelo, de un marrón rojizo, le caía sobre un ojo y él no se molestó en apartarlo, aunque sí se tomó tiempo para alisar los hombros de su abrigo—, antes de pasar a través de un conjunto de puertas para encontrarse con su anfitrión.

En la habitación hacía un calor sofocante —las ventanas estaban cerradas a pesar de lo que parecía ser un hermoso día de octubre—, y el fuego ardía de manera asfixiante en la chimenea.

George III estaba sentado al lado de esta, con una bata que empuqueñecía su debilitado cuerpo y una bandeja de té intacta frente a sus rodillas. Cuando Kell entró, el rey se agarró a los bordes de la silla.

—¿Quién está ahí? —vociferó, sin darse la vuelta—. ¿Ladrones?, ¿fantasmas?

—No creo que los fantasmas fueran a responder, Su Majestad —dijo Kell, anunciándose.

El convaleciente rey esbozó una sonrisa putrefacta.

—Maestro Kell —dijo—, me has hecho esperar.

—No más de un mes —respondió, dando un paso adelante.

El rey George entornó sus ojos ciegos.

—Ha pasado más tiempo, estoy seguro.

—Le prometo que no.

—Quizá no para ti —dijo el rey—. Pero el tiempo no es igual para los locos y los ciegos.

Kell sonrió. El rey estaba de buen humor hoy. No siempre era así. Kell nunca estaba seguro de en qué estado iba a encontrar a Su Majestad. Quizá había parecido más de un mes porque la última vez que Kell lo había visitado, el rey había tenido otro de sus berrinches y Kell apenas había podido calmar sus nervios crispados lo suficiente como para entregarle su mensaje.

—Quizá es el año lo que ha cambiado —prosiguió el rey—, y no el mes.

—Ah, pero el año es el mismo.

—¿Y qué año es ese?

Kell frunció el ceño.

—Mil ochocientos diecinueve —dijo.

Una sombra recorrió el rostro del rey George, y luego simplemente sacudió la cabeza y dijo «tiempo», como si una sola palabra pudiera ser la culpable de todo.

—Siéntate, siéntate —agregó, señalando la habitación—. Debe de haber otra silla por algún lado.

No la había. La habitación estaba asombrosamente vacía y Kell estaba seguro de que las puertas del pasillo se cerraban y abrían desde el exterior, no desde dentro.

El rey alargó una mano escuálida. Le habían quitado los anillos para evitar que se hiciera daño, y tenía las uñas cortadas a ras de piel.

—Mi carta —dijo, y por un instante Kell vio un destello de lo que George había sido en otro tiempo. Majestuoso.

Kell palmeó los bolsillos de su abrigo y se dio cuenta de que había olvidado sacar las cartas antes de cambiarse. Se quitó la chaqueta con una sacudida de hombros y la devolvió por un momento a su rojo natural para escarbar en los bolsillos hasta encontrar el sobre. Cuando se lo entregó al rey, este lo acarició y tocó el sello de cera —el emblema del trono rojo, un cáliz con un sol naciente—, luego llevó el papel hacia su nariz e inhaló.

—Rosas —dijo melancólicamente.

Se refería a la magia. Kell nunca notaba el suave perfume aromático del Londres Rojo que se adhería a su ropa, pero siempre que viajaba alguien le decía que olía a flores recién cortadas. Algunos olían tulípanes. Otros, lirios. Crisantemos. Peonías. Para el rey de Inglaterra, siempre eran rosas. A Kell le alegraba saber que era un olor placentero, incluso aunque él no pudiera percibirlo. Podía oler el Londres Gris (humo) y el Londres Blanco (sangre), pero, para él, el Londres Rojo simplemente olía a casa.

—Ábrela —indicó el rey—. Pero no estropees el sello.

Kell hizo lo que le ordenaron y sacó el contenido. Por una vez, agradeció que el rey ya no pudiera ver, así no descubriría lo breve que era la carta. Tres líneas cortas. Un acto de cortesía a una figura insigne enferma, pero nada más.

—Es de mi reina —explicó Kell.

El rey asintió.

—Continúa —ordenó, con un semblante majestuoso que contrastaba con su frágil complexión y su voz entrecortada—. Continúa.

Kell tragó con fuerza.

—Saludos a Su Majestad, el rey George III —leyó—, del trono vecino.

La reina no se refirió a él como trono rojo ni envió saludos desde el Londres Rojo (aunque la ciudad era, en verdad, bastante

carmesí, gracias a la luz intensa y penetrante del río), porque no pensaba en ellos de esa manera. Para ella, y para todos los demás que habitaban solo en un Londres, no había casi ninguna necesidad de diferenciarlos. Cuando los gobernantes de uno conversaban con los de otro, sencillamente se referían a ellos como los otros o los vecinos o, en ocasiones (y en particular si hablaban con el Londres Blanco), términos menos halagadores.

Solo aquellos pocos que podían viajar entre los Londres necesitaban una forma de diferenciarlos. Y entonces Kell —inspirado en la ciudad perdida y conocida por todos como Londres Negro— le había otorgado un color a cada una de las capitales que quedaban.

Gris, para la ciudad sin magia.

Rojo, para el imperio próspero.

Blanco, para el mundo hambriento.

En verdad, las ciudades mismas se parecían muy poco entre sí (y los países que las rodeaban y los de más allá, incluso menos). El hecho de que todas se llamaran *Londres* era en sí un misterio, aunque la teoría dominante era que una de las ciudades había adoptado el nombre mucho tiempo atrás, antes de que las puertas fueran selladas y lo único que se permitiera pasar fueran las cartas entre reyes y reinas. En cuanto a qué ciudad se llamaba así originalmente, nadie se ponía de acuerdo.

—Esperamos noticias de que se encuentre bien —continuaba la carta de la reina— y que esta estación sea tan hermosa en su ciudad como lo es en la nuestra.

Kell hizo una pausa. No había nada más escrito, salvo por una firma. El rey George se retorció las manos.

—¿Eso es todo lo que dice? —preguntó.

Kell dudó.

—No —dijo, doblando la carta—. Ese es solo el comienzo.

Se aclaró la garganta y empezó a caminar, mientras ordenaba sus pensamientos y fingía que la carta de la reina continuaba.

—Gracias por preguntar por nuestra familia, dice. El rey y yo estamos bien. El príncipe Rhy, por otro lado, continúa asombrándonos y enfureciéndonos a partes iguales, pero al menos el mes ha transcurrido sin que se rompiera el cuello o se

comprometiera con una pareja poco apropiada. Las gracias se las debemos solo a Kell, por evitar que llevara a cabo alguna de esas cosas, o las dos.

Kell tenía todas las intenciones de dejar que la reina se explayara sobre sus méritos, pero justo en ese momento el reloj de pared dio las cinco, y Kell maldijo en voz baja. Llegaba tarde.

—Hasta mi próxima carta —concluyó de forma apresurada—, manténgase contento y bien. Con cariño. Su Alteza Emira, reina de Arnes.

Kell esperó que el rey dijera algo, pero sus ojos ciegos tenían una mirada fija y lejana, y aquel temió haberlo perdido. Apoyó la carta doblada sobre la bandeja de té, pero, antes de que cruzara la estancia para marcharse, la voz del rey le hizo detenerse.

—No tengo una carta para ella —murmuró.

—Está bien —dijo Kell con suavidad. Hacía años que el rey era incapaz de escribir ninguna. Algunos meses lo intentaba, arrastrando la pluma descuidadamente por el papel, y otros, insistía en que Kell transcribiese sus palabras, aunque la mayoría de las veces, solo le daba a Kell el mensaje y este prometía recordarlo.

—Verás, no tuve tiempo —agregó el rey, intentando conservar algún vestigio de dignidad. Kell se lo concedió.

—Entiendo —dijo—. Le daré sus saludos a la familia real.

Kell se dio la vuelta para marcharse, pero el anciano rey lo detuvo de nuevo.

—Espera, espera —llamó—. Vuelve.

Kell se detuvo. Sus ojos se dirigieron hacia el reloj. Era tarde, y todavía se retrasaba más. Se imaginó al príncipe regente sentado a su mesa en St. James, aferrado a la silla y enfadado en silencio. Aquel pensamiento hizo sonreír a Kell, así que se volvió hacia el rey mientras este sacaba algo de su bata con dedos torpes.

Era una moneda.

—Se está desvaneciendo —dijo el rey, tomando el metal en sus manos avejentadas como si fuese algo precioso y frágil—. Ya no siento la magia. No puedo olerla.

—No es más que una moneda, Su Majestad.

—No es así y lo sabes —gruñó el anciano—. Vacía tus bolsillos.

Kell suspiró.

—Me va a meter en problemas.

—Vamos, vamos —dijo el rey—. Será nuestro pequeño secreto.

Kell metió la mano en el bolsillo. La primera vez que había visitado al rey de Inglaterra, le había dado una moneda como prueba de quién era y de dónde venía. La historia de los otros Londres se le confiaba a la corona y se transmitía de heredero a heredero, pero habían pasado años desde la última vez que un viajero los había visitado. El rey George había echado una mirada al delgado muchacho, había entornado los ojos y tendido su mano rolliza, y Kell había apoyado la moneda en su palma. Era un simple lin, muy parecido a un chelín gris, solo que estaba marcado con una estrella roja en vez de con el rostro de un miembro de la realeza. El rey cerró el puño alrededor de la moneda y se la llevó a la nariz para aspirar su aroma. Y luego había sonreído mientras se guardaba la moneda en el abrigo e invitaba a Kell a entrar.

Desde ese día, cada vez que Kell le hacía una visita, el rey insistía en que la magia se había desvanecido y se la hacía cambiar por otra, una moneda nueva que resultaba tibia al tacto por llevarla en el bolsillo. Todas las veces, Kell le decía que estaba prohibido (lo estaba, de manera explícita) y todas las veces el rey insistía en que era su pequeño secreto, y Kell suspiraba y buscaba un lin nuevo dentro del abrigo.

Cogió el viejo lin de la palma de la mano del rey, lo reemplazó por uno nuevo y dobló con suavidad los dedos huesudos de George a su alrededor.

—Sí, sí —susurró el doliente rey a la moneda que había en su mano.

—Cuídese —dijo Kell, mientras se daba la vuelta para marcharse.

—Sí, sí —repitió el rey, al tiempo que su concentración se desvanecía hasta alejarse del mundo y su invitado.

Las cortinas estaban amontonadas en una esquina de la habitación, y Kell echó la pesada tela a un lado para revelar una marca en el patrón del empapelado. Un sencillo círculo dividido por una línea, dibujado con sangre hacía un mes. En otra pared de otra

habitación de otro palacio, se encontraba esta misma marca. Eran como picaportes en una misma puerta.

La sangre de Kell, junto con un token, le permitía a este viajar entre los mundos. No necesitaba especificar un lugar, porque allí donde él estuviese, es donde se encontraría. Pero para construir una puerta dentro de un mundo, ambos lados debían estar marcados exactamente con el mismo símbolo. No servían a no ser que fueran idénticos. Kell lo había aprendido por las malas.

El símbolo en la pared aún estaba nítido desde su última visita, los bordes apenas se habían emborronado, pero daba igual. Había que rehacerlo.

Se arremangó y liberó el cuchillo que llevaba atado al antebrazo. Era un cuchillo magnífico, una obra de arte; forjado en plata desde la punta hasta la empuñadura y grabado con las letras K y L.

El único vestigio de otra vida.

Una vida que no conocía. O, al menos, no recordaba.

Kell llevó el filo al dorso de su antebrazo. Aquel día ya se había hecho un corte para crear la puerta que lo había traído hasta aquí. Se cortó una segunda vez. Su sangre, de un rojo rubí intenso, brotó de la herida abierta. Metió el cuchillo de nuevo en la funda, y se llevó los dedos al corte y luego a la pared para redibujar el círculo y la línea que lo atravesaba. Kell se bajó la manga para tapar la herida —se trataría los cortes en cuanto llegase a casa— y echó una última mirada al balbuceante rey antes de presionar la palma de la mano abierta contra la marca en la pared.

La marca vibró con magia.

—*As Tascen* —dijo. *Trasladar*.

El papel estampado ondeó, se ablandó y cedió bajo su tacto, y Kell dio un paso adelante y lo atravesó.